

## INTRODUCCIÓN

ANTONIO ÁLVAREZ DE LA ROSA

París, el París antiguo digamos, es una ciudad que parece diseñada para ser vista a ras de calle, porque solo yendo a pie se pueden apreciar sus innumerables detalles. El caminante ocioso tiene un largo y distinguido pedigrí en Francia. Para no desgranar el rosario de escritores *flâneurs* y *voyeurs* (paseantes y mirones), solo quiero citar a uno de los más clarividentes. En el siglo XIX, el paseante parisino por excelencia fue Baudelaire. En *Le peintre de la vie moderne* (El pintor de la vida moderna), ensalza al artista que se sumerge en un baño de multitudes, recoge impresiones y las apunta solo cuando vuelve a su estudio. No carga su retina con ningún objetivo concreto, se rinde pasivamente al flujo de las calles, al azar objetivo que decía André Breton. Nadie mejor que Baudelaire para definirle: «La multitud es su medio, tal como el aire lo es para el pájaro o el agua para el pez. Su pasión y empeño es unirse a la multitud. Para el perfecto paseante, para el observador apasionado, es un inmenso goce habitar en la multiplicidad, en todo lo que bulle y se mueve, en lo evanescente e infinito».

*Flâneur* significa en francés algo que va mucho más allá de las andanzas de un peatón urbano. Señala a quien se pasea al azar, sin que la prisa le apriete los zapatos, a la persona de porosa sensibilidad captada por el espectáculo que ofrece la calle: seres humanos, edificios, cafés, monumentos, árboles, jardines, paredes. Sí, también los muros que sostienen placas conmemorativas... ¿Es suficiente nuestro «paseante» para degustar ese tuétano, sustancia y esencia de toda ciudad que se precie?

La literatura, la poesía, el cine, la pintura, la arquitectura y hasta la música han ido depositando en la retina y los oídos de nuestro imaginario una topografía urbana apta para sentir y paladear esos sabores emocionales. Sin ese gran lienzo de la creatividad humana, desplegado a lo ancho del tiempo, cualquier ciudad sería poco más que un grupo de vecinos.

El tiempo del paseante es el barómetro de su libertad visual. Solo desde la mirada lenta y reposada podemos interpretar los guiños que nos hacen los ojos de la ciudad. A veces, los nombres de las tiendas o de las calles; en ocasiones, los recuerdos de una persona, de un acontecimiento o la estatuaria, la memoria petrificada de sus habitantes, todo ello dice mucho más que cualquier guía famosa.

Hace casi cincuenta años, mi amiga Nivaria Tejera, la escritora cubana que me enseñó a ver París más allá de las narices turísticas y me inoculó el dulce veneno de la *flânerie*, me había aconsejado que errara con los ojos muy abiertos por un pequeño pueblo conservado en el centro de esa ciudad y, sobre todo,

por la rue Mouffetard, situada en las estribaciones del tan dieciochesco e imponente Panteón. Descubrí un mundo diferente, lleno de casas antiguas, placitas, plazas, calles y callejuelas que se salvaron de los planes urbanísticos e inmobiliarios del barón Hausmann y, desde hace más o menos medio siglo, empezó a transformarse en un barrio gentrificado.

Tras atravesar la plaza de la Contrescarpe, deambulaba por la rue Descartes y el hambre del mediodía se hacía oír. A la altura del nº 39, me fijé en un restaurante que se sigue llamando La Maison de Verlaine, especializado en «cuisine française et traditionnelle», y se me fueron los ojos a una placa conmemorativa colgada a la izquierda de su entrada:

El 8 de enero de 1896 murió en esta casa el poeta PAUL VERLAINE, nacido en Metz el 30 de marzo de 1844.

Homenaje de los amigos de Verlaine,

29 de junio de 1919.

Imposible no toparse con ella y con otra que, por debajo y mucho más pequeña, hace constar que también Ernest Hemingway vivió en esa casa. Mientras aguardaba el *menu du jour*, me chocaron los veintitrés años transcurridos entre la muerte del poeta y la colocación de la placa. Recuerdo mi extrañeza y decepción ingenuas: ¿cómo es posible que haya podido pasar una cosa así en Francia, mi modelo de civilización, y en París, el depósito de mis sueños culturales? Durante el aperitivo, miraba de reojo las fechas y seguía rumiando para mis adentros de afrancesado: «Muere

uno de los grandes poetas de la literatura francesa y su memoria tiene que esperar casi un cuarto de siglo para volverse imperdurable en una fachada».

En fin, pelillos a la mar, porque excepciones aparte, desde aquellos lejanos días he podido comprobar que hay pocas ciudades que guarden más recuerdo cultural y presencia histórica que las calles de París. Años después, cuando leí *Ermitaño en París* de Italo Calvino confirmé que esta es «una ciudad para la madurez [...], una gigantesca obra de consulta, una ciudad que se consulta como una enciclopedia; se abre una página y te da toda una serie de informaciones de una riqueza como ninguna otra».

Poco tiempo después de ese hallazgo callejero, descubrí *Los últimos días de Paul Verlaine*. La casualidad casi siempre es fruto de la búsqueda. ¿Quién no ha hallado algo que no buscaba conscientemente? Me encontré con ese libro en medio de mis pesquisas académicas en la BNF (Bibliothèque Nationale Française). Buceaba en la bibliografía para recopilar todo lo aprovechable y levantar la que, poco tiempo después, sería mi tesis doctoral *Estructuras antropológicas de lo imaginario en la obra de Gustave Le Rouge*. Fue en la imponente sala de la calle Richelieu donde comencé, de verdad, a conocer la importancia de este escritor que acabó siendo uno de los amigos íntimos de Verlaine y de Blaise Cendrars, un novelista popular, de enorme éxito, un autor tan prolífico como irregular que, sin embargo, suscitó el interés de los surrealistas. Por aquellos días predoctorales, andaba yo embebido en las peripecias de *Le Mystérieux Docteur Cornélius* (1912-1913), o sea,

en las aventuras de un siniestro y enloquecido sabio que había inventado la «carnoplastia», una técnica quirúrgica que lograba darle a un individuo la apariencia física de otro. Por eso, *Los últimos días de Paul Verlaine* se alejaba de mis intereses investigadores. Por supuesto, no la leí en ese momento, pero quedó aparcada en un rinconcito de las neuronas bibliófilas hasta que un librero de las orillas del Sena, un *bouquiniste* salvallibros, me lo vendió por un módico precio.

Tras leer y, sobre todo, tras releer y traducir *Los últimos días de Paul Verlaine* tengo, aún más clara, la certeza de que este poeta fue otro preclaro «observador apasionado» en la estela de Baudelaire. Además de ponerle música en sus poemas a la mezcla de esplín, belleza fugaz y bohemia, acabó siendo, aun en vida, uno de los grandes poetas del siglo XIX, a pesar o, precisamente, porque tenía un sentido del progreso que no se acomodaba con el de la mayoría. Lo demuestra su actitud ciudadana en medio del triunfo de la arquitectura metálica. Cuando, entre apasionadas discusiones, París se atrevió a levantar la torre Eiffel, Verlaine —¿los poetas olfatean siempre el futuro?— daba un rodeo para no verla, lo que se dice fácil en un inmenso espacio urbano como ese. Sin embargo, pintores como Utrillo o Delaunay la homenajearon con sus pinceles y, al poco tiempo, se convirtió en un elemento inseparable. Hoy, simboliza para millones de turistas el alma del paisaje parisino.

En este libro está claro que hay tres fieles amigos y testigos de las luces y de las sombras de Verlaine: Maurice Barrès, su protector y sostén; F.-A. Cazals,

dibujante y quizá la última gran pasión del ya anciano poeta; Gustave Le Rouge, que más tarde contaría cuándo comenzó su larga y fiel amistad en su obra *Verlainiens et décadents*. En el fondo, los tres deberían figurar como autores de lo contado sobre los altibajos postreros del poeta, pero creo que ofrece pocas dudas que el relator literario de facto es Le Rouge que, además, en este caso, recupera su oficio de periodista.

Le Rouge, mediante su poder descriptivo, y Cazals con la sencillez de un gran dibujante, son capaces de meternos en la máquina del tiempo y soltarnos en el Barrio Latino. Ambos consiguen que erremos por sus calles en las postrimerías del siglo XIX, que no perdamos de vista a Verlaine mientras se pasea renqueante, apoyado en su bastón, grabando con la cámara de su cerebro el hormigueo bullicioso y melancólico de la calle, que entremos en un bar para verle sentado en una mesa presidida por la copa de absenta, la calificada como «el hada verde», «la bruja atroz» o «Nuestra Señora del olvido», quizá no la musa, pero sí, desde luego, la bebida de moda en los ambientes literarios, la supuesta fuente creativa capaz de sacar al consumidor de la modorra de una vida reglada y aburrida, brebaje mágico que también sedujo, además de a Paul Verlaine, a muchos otros escritores, poetas y pintores.

Le Rouge es amigo y admirador de Verlaine, pero al menos en estos recuerdos no se muestra como un cronista hagiógrafo. Le defiende, eso sí, de las maledicciones de los biempensantes y de los críticos que, en lugar de poesía, hablan de moral. Bien es cierto que omite su relación homosexual con Rimbaud, pero

lo que quizá pretendió fue no oscurecer lo esencial, es decir, que ambos fueron dos grandes poetas cuyas obras han llegado vivas hasta nosotros. Narra con bastantes detalles las estancias en los hospitales de manera que al lector le acaba pareciendo que para Verlaine esos paréntesis sanitarios eran muy saludables física y mentalmente. Su gloria no se queda en la calle. En el hospital Saint-Antoine, por ejemplo, un médico le receta, primero que nada, pluma y papel, tinta y libros. Según Le Rouge, en el hospital Broussais el doctor Chauffard «le brindó su amistad y, hasta el final, su más afectuosa entrega. A veces, el doctor invitaba a Verlaine a cenar en un pequeño restaurante que se encuentra frente al hospital». Si a ello le añadimos la visita de jóvenes poetas que admiran su obra, de pintores y hasta de periodistas... En resumen, los hospitales fueron un asilo para su indigencia y sus problemas de salud y acabó reconociendo «la estricta seguridad de esos lugares del dolor» en los que podía componer sus versos o leer periódicos y libros.

Entre bares y hospitales, entre copas de absenta y dolencias múltiples, Verlaine callejea. Casi siempre observa, pero a veces, sin que él lo sepa, también es observado. Desde mi fondo lector y dejándome llevar por las lianas neuronales recuerdo ahora a Paul Léautaud (1872-1956), otro prestigioso *flâneur*, que mantuvo su *Diario* literario desde 1893 hasta su muerte, quizá uno de los mejores de la literatura francesa, superior, desde luego, al *Diario* de los hermanos Goncourt por su escritura aparentemente sencilla y por su indoblegable pasión por la literatura como fuente

de la verdad. En su prólogo al Catálogo de la Exposición dedicada a Paul Verlaine en 1946, con motivo del cincuentenario de su muerte, vuelve a evocar lo que ya había anotado en su *Diario* el 24 de agosto de 1894, cuando vio al poeta junto a Eugénie Krantz, su última compañera:

Cuando yo era muy joven, vivía por detrás del Panteón. A diario, hacía cuatro veces el trayecto hasta la calle Jean-Jacques Rousseau, donde tenía un empleo. Le veía con frecuencia cuando bajaba por el bulevar Saint-Michel, tal como lo dibujaban: cara achatada, barba descuidada, pinta de huraño, la bufanda mal enrollada al cuello, cojeando y dando bastonazos sobre la acera. De vez en cuando, iba al Caveau du Soleil d'Or, en la plaza Saint-Michel, a escuchar a los cancionistas y a los poetas que recitaban sus versos. Allí le veía, sentado a una mesa, delante de un brebaje, fumando la pipa, como si escuchara o, mejor dicho, con la mente más bien en otra parte o somnoliento, en un estado de ebriedad que parecía habitual. Un día, al regresar de mi almuerzo por la calle Jean-Jacques, le vi sentado en la terraza del Café Mahieu, en el costado del bulevar Saint-Michel. Estaba acompañado por la tal Eugénie Krantz que, cual pareja matrimonial, no se separaba de él. En la floristería que se hallaba al lado de la pastelería Pons compré un ramito de violetas. A un recadero que, de vez en cuando, me prestaba sus servicios, le encargué que se lo entregara en mano. Me aposté junto al estanque y vi cómo recibía el ramo, se lo llevaba a la cara y respiraba su perfume mientras miraba a su alrededor tratando de saber de dónde y de quién

procedía. Me apresuré a seguir mi camino, encantado, divertido y, no sé si me atrevo a escribirlo, emocionado con mi cortesía. ¿Quizás un detalle ingenuo, pueril, incluso ridículo? A mí, aún me sigue gustando mucho.

En esta ocasión, vuelvo a mi admirado Gustave Le Rouge en la esperanza de servirle de puente, ciento quince años después de la edición original, para que el lector en español pueda conocer su retrato amistoso, pero ajustado, de Paul Verlaine y revivir el ambiente cultural de aquel París mágico y mundial.

*Málaga, febrero de 2026*



PRÓLOGO  
MAURICE BARRÈS

Mis queridos colegas,

nadie más idóneo que vosotros para contarnos los últimos tramos biográficos de Verlaine. Ambos habéis vivido en estrecha familiaridad con él. ¡Caramba, mi querido Cazals, quince años hace ya que el cura de Saint-Étienne du Mont pronunció las últimas oraciones sobre el poeta de *Sensatez!* Un día, os percatasteis de que los momentos pasados junto a ese hombre excepcional eran, en suma, los más interesantes de vuestra existencia, aquellos por los que, con más frecuencia, os preguntan vuestros colegas. Habéis decidido, de una vez por todas, precisar los recuerdos. De ahí este libro en el que, sin vanas precauciones, acabáis de exponer, uno tras otro, lo que guardabais en la memoria: palabras, escenas, mil pormenores, mil imágenes vívidas.

Conocí lo suficiente la vejez de Verlaine como para confirmar vuestro relato cuya literalidad material es insuperable. En medio de su tristeza y fealdad, los detalles cotidianos que nuestro Maestro iba arrastrando desde las terrazas en las que reina la Diosa verde hasta la cama del hospital. Allí, tocado con un gorro

de algodón, recuperaba el sentido y la inspiración. Le queríais tal y como era y por eso nada habéis amputado, cambiado ni dulcificado. Es espantoso y exacto. No «como en sí mismo por fin lo cambia la eternidad», sino tal y como la vida trató a ese hijo de la poesía.

Es posible que os reprochen no haber dado marcha atrás a vuestro propósito y habernos mostrado al anciano consagrado bajo una luz muy cruda. Por lo que a mí respecta, os comprendo. Comprendo la espantosa obligación que os habéis impuesto. Dos artistas no podían dejar de poner ante los ojos del público el inaudito contraste que habían vivido: el de un gran poeta del corazón que se alinea voluntariamente con los seres insensibles. ¡Espantosa abdicación! Innumerables reflexiones de orden moral irrumpían en vuestra mente, pero las descartasteis para no debilitar vuestro retrato con comentarios. En esencia, habéis conseguido que hablen los hechos. En vuestra opinión, hubiese sido una mezquindad artística no interponer nada entre esas desnudeces y el público. Como discípulos impávidos a quienes ni los peores sueños espantan, no habéis utilizado el manto de Noé<sup>1</sup>.

De paso, digamos que nos gustaría tener un libro tan auténtico como el vuestro sobre los últimos años de Alfred de Musset, que no fueron muy diferentes de los de Verlaine. El presidente Grévy<sup>2</sup> era el indicado

---

1. Cf. Génesis, 9, 23, alusión al episodio en el que los hijos de Noé disimulan con un manto la embriaguez de su padre. (N. del t.).

2. Alusión a Jules Grévy (1807-1891), presidente de la República francesa. Fue el abogado del poeta Alfred Musset cuando este intentó recuperar las cartas que le dirigió a su amante George Sand. (N. del t.).

para escribirlo y para obtener en el mundo de las Letras los mismos títulos que estáis adquiriendo vosotros, mis queridos colegas. Siempre lamentaremos que se lo impidieran ambiciones menos afortunadas.

Preclaras inteligencias se van a sentir tentadas de sacar desesperantes conclusiones de la lectura de vuestro libro. ¿Qué valor tienen nuestras más delicadas y nobles emociones, las que recibimos de la lectura de un Verlaine o de un Musset, qué valor tienen nuestros entusiasmos, si proceden de fuentes enfermizas? Y esos mismos «Malditos», ¿cuántas quejas y recriminaciones no podrían proferir? Me parece estarles oyendo cuando dicen: «¡Bueno y qué!, la Fantasía y la Esperanza, esas dos hermanas resplandecientes, que nos hablaban de las cosas divinas y de las que aguardábamos toda nuestra felicidad, ¡son las que nos han llevado al sendero de la desesperación!».

Sea cual sea el punto de vista, una vida accidentada como la de Verlaine aterroriza a cualquiera. A diario, suscita las más cavernosas declamaciones. Unos culpan al poeta por su mala vida y otros acusan a la sociedad. La verdad es que Verlaine fue una víctima de su propio genio. Nació con una especie de sensibilidad que nos encantó, aunque supuraba la muerte. La manzana de oro que el hada depositó en la cuna de ese niño estaba envenenada.

¡Qué cruel es la vida! ¡Cómo encoge el corazón esta biografía! Tenéis toda la razón, mis queridos colegas, al utilizar con el poeta maldito solo el poder de vuestra simpatía y acertáis al darle todo vuestro afecto y casi veneración, a pesar de sus mortales debilidades.

Hay seres singulares cuyas muertes y sus circunstancias nos entristecen, pero dejan intacta su nobleza. Vemos sus defectos, pero ¿quién osaría tirar la primera piedra? Con el pretexto de mejorar a esos mensajeros del Espíritu, ¿quién iba a correr el riesgo de maquillarlos, de intervenir en sus destinos, de desnaturalizarlos, en resumen? Respetemos ese misterio en el caso de Verlaine. ¿Por qué esa naturaleza divina fue deteriorada y, a veces, envilecida? Nos abismamos en ese problema... ¡Ah! Lástima no poder abarcar la vida de ese gran poeta del remordimiento con la misma mirada pagana con la que contemplo, desde la mesa en que os escribo, cómo los encantadores e inocentes pinos de la Provenza sacan a la luz sus ramas muertas mezcladas con sus ramas vivas!

## I LA MUERTE DE PAUL VERLAINE

Amainadas las «malas rachas» de las que tantas veces había sido víctima, Paul Verlaine parecía, por fin, haber conquistado la calma y la serenidad. Incluso la enfermedad le permitía un cierto respiro. Recientes colaboraciones, mejor o peor pagadas que de costumbre, le evitaban urgentes preocupaciones materiales. Los íntimos del poeta, que acababan de festejar sus cincuenta años, abrigaban la esperanza de que se abriera ante él un periodo de fecundo trabajo y de relativa felicidad.

—Solo quiero ser —decía sonriendo— un pequeño burgués de la calle Mouffetard<sup>3</sup>.

Y, de hecho, desde hacía unos meses, Verlaine llevaba una existencia más bien apacible y ordenada. Había renunciado, casi por completo, al café. Ya no le tentaba la absenta, esa sirena de ojos verdes que tan maligna influencia tuvo sobre su destino. Unos pocos Amer Picon, aperitivos discretamente consumidos en la barra de una taberna cercana, eran los únicos disfrutes que se permitía.

---

3. Eje de uno de los barrios más antiguos de París que sigue albergando, además, un mercado animado y multirracial. (N. del t.).